

Los relatos de viaje al Océano Pacífico: el Estrecho de Magallanes y la leyenda de los patagones^{*}.

Travel Stories to the Pacific Ocean: the Strait of Magellan and the legend of the Patagonians.

M^a Alejandra Flores de la Flor
Universidad de Cádiz

"Il nostro Capitano generale diede a quel popolo il nome de Patagoni..."

Antonio Pigafetta. *Relazione del primo viaggio intorno a mondo.*

Resumen: Los continuos periplos al Océano Pacífico dieron lugar a una serie de relatos que ayudaron a forjar la leyenda de los gigantes Patagónicos del Estrecho de Magallanes. Las descripciones textuales y las posteriores representaciones visuales crearon y consolidaron un mito que perduró en la imaginativa europea por 300 años, si bien la idea que se tenía de ellos fue evolucionando a medida que la ideología del viejo continente cambiaba pasando éstos de ser gigantes salvajes a ser la representación del "Buen salvaje".

Palabras Clave: Estrecho de Magallanes, Patagones, Relatos de viaje, Antonio Pigafetta.

Abstract: The voyages to the Pacific Ocean resulted in a series of stories that forged the legend of Patagonian giants in the Strait of Magellan. The subsequent textual descriptions and visual representations created and consolidated a myth that lasted in the European imagination for 300 years, although the idea of them was evolving as the ideology of the old continent changed. If they had been wild giants at the beginning of XVI century they became the idea of "Bon sauvage" in later centuries.

Keywords: Strait of Magellan, Patagonian giants, Travel stories, Antonio Pigafetta.

^{*} Artículo recibido el 30 de septiembre de 2013. Aceptado el 23 de abril de 2014.

Los relatos de viaje al Océano Pacífico: el Estrecho de Magallanes y la leyenda de los patagones.

La leyenda de los gigantes patagónicos tiene un lugar y una fecha de origen claros: Bahía de San Julián 1520, sin embargo su historia está vinculada a una serie de expediciones que se realizaron a lo largo de tres siglos (XVI, XVII y XVIII) al Estrecho de Magallanes y, por tanto, al Océano Pacífico. La creación y la evolución del mito pueden leerse en todos los relatos surgidos de esos mismos periplos: los primeros viajes al Maluco realizados por Fernando de Magallanes (1519-1522) -que dio como resultado el descubrimiento del estrecho que lleva su nombre y que permitió el paso al Pacífico por el sur- o por García Jofre de Loaísa (1525-1527), los viajes a Filipinas con Andrés de Urdaneta (1564-1565) como protagonista -inventor del "tornaviaje", ruta por el Océano Pacífico desde Filipinas a Acapulco-, los viajes al Mar del Sur con el fin de buscar la tierra Australis y de colonizar el Estrecho de Magallanes, visitado ya en estas fechas por barcos extranjeros, en especial, ingleses (Francis Drake, Thomas Cavendish) y holandeses (Oliver Van Noort, Sebald de Weert). Empresas que tuvieron como protagonista a Pedro Sarmiento de Gamboa y su fracasado proyecto de colonización. Y por último, las expediciones científicas del siglo XVIII inglesas (John Byron), francesas (Louis Antoine de Bougainville) y españolas (Alejandro Malaspina).¹ Todos estos viajes y los relatos que surgieron de ellos, crearon y consolidaron un mito que permaneció en la mentalidad europea durante tres siglos, no sólo en la literatura sino también en la representación visual, pues las imágenes de los patagones se reprodujeron de la misma manera que se imprimieron las narraciones sobre los encuentros de los europeos con los mismos.

1. Los patagones y las razas monstruosas del continente americano.

Los gigantes patagónicos, junto con las amazonas, los acéfalos (Blemmyes) y los caníbales, formaron parte de lo que se llamó "razas monstruosas" del continente americano. Estas fueron un conjunto de naciones situadas en regiones lejanas y desconocidas (Etiopía o India), que debido a sus extraordinarias formas eran consideradas monstruosas, entendiéndolas como algo producido en la naturaleza pero fuera de lo que se consideraba normal desde un punto de vista occidental y/o europeo. Las primeras referencias a estas razas las encontramos en obras greco-romanas como la de Ctesias de Cnido, Megástenes, Estrabón, Pomponio Mela, Aulio Gelio, etc. pero especialmente popular fue la de Plinio, *Historia Natural*, en cuyo libro VII se hacía un listado completo con todas las diferentes categorías de monstruos: monocelso, cinocéfalos, esciápodos, etc. (Ilustración 1) a cada cual más salvaje a medida que más se distanciaban de las regiones conocidas. La notoriedad alcanzada por este trabajo hizo que en el siglo XVI se decidiera hacer separadas ediciones del séptimo libro, influenciando además en obras posteriores como *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, *La ciudad de Dios* de San Agustín o en los relatos de viajes del Medievo.

¹ Una visión muy general y completa de los viajes al Pacífico la encontramos en la obra colectiva: Carlos MARTÍNEZ SHAW, (ed.), *El pacífico español, de Magallanes a Malaspina*, Madrid, Lunverg editores, 1988. Igualmente fundamental es la obra de Juan GIL, *Mitos y utopías del Descubrimiento 2. El Pacífico*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.



Ilustración 1- Razas monstruosas de Plinio: acéfalo, cinocéfalo, esciápodo, etc. *Historia Natural*. Edición española de 1624.

Cuando se descubrió el continente americano, esas razas se trasladaron al Nuevo Mundo como consecuencia del desplazamiento de las fronteras. Como bien explica Rojas Mix, en las zonas fronterizas siempre se situaron los seres fantásticos;² estas se desplazaron tras el hallazgo de América y con ellas las razas monstruosas. Se inició un proceso que el autor define como de traslación: "un desplazamiento geográfico del fantástico medieval, un resurgimiento del fantástico clásico e incluso un fantástico originario".³ Por tanto, este traslado de las fronteras, junto con el hecho de que se había producido cierto "desencantamiento" con el continente asiático al ser cada vez más y más conocido, hizo que América se convirtiera en la nueva *tierra incognita*.⁴ Este hecho ofreció una nueva oportunidad a los viajeros para conocer aquellas razas monstruosas recogidas en las obras clásicas y que no habían logrado ver ni en Asia ni ningún otro lugar que hubieran explorado.⁵ Cabe mencionar que, en el caso de los patagones, el concepto de frontera fue más profundo debido a la propia tradición cartográfica que, lejos de ser destruida tras el descubrimiento, fue reconfigurada y adaptada a los nuevos hallazgos. En esa reconfiguración, la Patagonia fue identificada como la nueva Antípoda, lugar donde la tradición situó a los monstruos,⁶ y que favoreció sin duda la creación y la permanencia del mito de los patagones.

Un detalle a tener en cuenta es que este traslado fue fruto de lo que consideramos dos fenómenos: proceso de identificación y de predisposición. Entendemos el primero como el propósito de identificar lo desconocido con algo familiar, es decir, utilizar lo ya conocido y adaptarlo a un mundo totalmente ignoto.⁷ Este proceso de identificación tenía un fin concreto:

² En este sentido compartimos la idea de Juan Gil cuando dice "el mito se refugia siempre en la frontera". Juan GIL, *Mitos y utopías* [...] op. cit, p. 81.

³ Miguel ROJAS MIX, "Los monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista?", *América Latina, palabra, literatura e cultura*, Vol. I, Campines, Sao Paulo, 1993, pp. 125 y ss.

⁴ La condición de *tierra incógnita* del nuevo continente supuso que se le vinculara con las maravillas. Incontables capitanes se lanzaron a la mar en busca de islas maravillosas y ricas en oro. Muchas de estas expediciones fracasaron estrepitosamente como bien señala la ya mencionada obra de Juan Gil.

⁵ John Block FRIEDMAN, *The monstrous races in medieval art and thought*, Cambridge Mass, 1981.p. 198. La obra de Friedman supone uno de los mejores trabajos sobre razas monstruosas hasta el punto de que ha sido reeditada por la Universidad de Siracusa (Nueva York) en 2000.

⁶ Gustavo VASCO, "Regio Gigantum", *Historia crítica*, Universidad de los Andes, Colombia, n° 28, 2005.

⁷ Esto es algo que se realizaba igualmente para la flora y fauna americana. Peter Mason señala como ejemplo la descripción del perezoso realizada por Jean de Léry quien, ante la dificultad de describirlo, decide recurrir a la técnica *jigsaw* o puzzle con animales del viejo mundo, para tratar de ofrecer una imagen lo más cercana posible del desconocido animal, así dice que su tamaño es el de un gran spaniel (perro), con cara de mono, con una barriga de cerda embarazada, etc. Peter MASON, *Before Disenchantment : Images of Exotic Animals and Plants*

la reducción del otro al mismo. En el caso de América y sus habitantes, si lo desconocido había de ser relacionado con algo más que con lo extraordinario y lo monstruoso, esta relación debía de hacerse por vía de los elementos más sólidamente establecidos de la herencia cultural europea, como eran las tradiciones cristiana y clásica o los relatos de viajes medievales.⁸ Ciertamente, como bien explica Emanuele Amodio, la producción de "historias" sobre el mundo externo -en este caso el Nuevo Mundo- no es algo que se produjera *ex nihilo*, los referentes que se usaron para la construcción de este mundo son los elementos constitutivos del "mundo interno". Un proceso que se realizaba bien por un mecanismo de asimilación, bien de diferenciación⁹ y en el que ocuparon un lugar esencial las ya mencionadas obras greco-romanas y medievales, así como *El libro de las maravillas del mundo* del ficticio autor John Mandeville el cual llegó a ser el libro de viaje más leído entre 1350 y 1600¹⁰ o *Los viajes de Marco Polo*. También influyó, sin duda alguna, la cartografía. Un ejemplo es el mapa del mundo (*Secunda etas mundi*) que encontramos en el *Liber chronicarum* (1493) de Hartmann Schedel; en los folios precedentes y bordeando el propio mapa mapamundi podemos ver una serie de ilustraciones que representan a seres monstruosos similares a los que recogía Plinio en *Historia Natural*.¹¹ E igualmente importante fue el concepto del hombre salvaje. En el proceso de identificación no solo se utilizó la idea del "otro" que se hallaba fuera de las fronteras europeas tales como las naciones monstruosas,¹² sino también la otredad europea marcada por una serie de personajes que vivían en un estado de exclusión, tales como las brujas o los hombres salvajes.¹³

En cuanto a lo que hemos denominado proceso de predisposición, debe entenderse como un deseo por parte de los colonizadores por ver lo que querían ver. Este deseo se explica por la necesidad innata que tenían de apoyarse en objetos que le eran familiares -proceso de identificación- y en la imágenes tipo para adaptarse al choque de lo desconocido.¹⁴ Este proceso es especialmente visible en Cristóbal Colón, quien aún negando haber encontrado monstruosidades humanas, sí que se esforzó por reconocer a cinocéfalos (4, 23 y 26 de noviembre de 1492), sirenas (9 de enero de 1493) y Amazonas (16 de enero de 1496).¹⁵

¿Cómo explicamos esta predisposición colombina? Hay que tener en cuenta, y esto parece muy obvio, que Cristóbal Colón nunca supo con seguridad que había descubierto un nuevo continente, de hecho, cuando este partió a las Indias uno de los libros que él había anotado y llevado consigo era el *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly, en la que la tierra habitada

in the Early Modern World, Londres, Reaktion Books, 2009. p. 16. Y para saber más del *jigsaw* ver: Miguel de ASUA y Roger FRENCH, *A New World on Animals*, Aldershot, Ashgate, 2005.

⁸ John H. ELLIOTT, *El viejo mundo y el nuevo. 1492-1650*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pp- 37-38.

⁹ Emanuele AMODIO, *Formas de la alteridad: construcción y difusión de la imagen del indio americano en Europa durante el primer siglo de la conquista de América*, Quito, Editorial Abya Yala, 1993, p. 21.

¹⁰ Rudolf WITTKOWER, "Maravillas de Oriente: Estudio sobre la historia de los monstruos", *Sobre la arquitectura en la edad del Humanismo. Ensayos y escritos*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1979, pp. 265-311.

¹¹ Hartmann SCHEDEL, *Liber chronicarum*, Alemania, 1493. Folios XII-XIII. En la web World Digital Library: <http://www.wdl.org/en/item/4108/> [Consultada, 14 de Abril de 2014]

¹² En este sentido debemos tener en cuenta la noción que diferencia el "nosotros" de "ellos", una noción que nace de la vinculación entre el territorio y la identidad cultural. El "nosotros" no es posible sin un entorno espacial de referencia: "nuestro" territorio, que es conocido por "nosotros"; mientras que "ellos" -es decir, el otro- vive en un espacio externo y desconocido, vive "fuera". Emanuele AMODIO, *Formas de la alteridad* [...] *op. cit.* p. 17.

¹³ Peter MASON, *Deconstructing America. Representations of the Other*, Londres, Routledge, 1990, p. 44.

¹⁴ John H. ELLIOTT, *El viejo mundo* [...] *op. cit.* p. 32.

¹⁵ Cristóbal COLÓN, *Diario de a bordo*, Madrid, Caja de Madrid, 1991. Edición, traducción y Notas de Luis Arranz.

era representada en forma de isla rodeada en su totalidad de agua y dividida en tres continentes: Europa, África y Asia¹⁶ El desembarco de Colón en América no rompió con esa imagen pues él estaba plenamente convencido de que había descubierto una ruta marítima occidental que llegaba a Oriente. Así pues, la predisposición del marino genovés no era más que un deseo por probar su teoría de que había llegado a tierras orientales, y que vino motivada asimismo por las lecturas de la Biblia, de Plinio - cuya versión anotada poseía entre su colección de libros- de Ptolomeo, D'Ailly, "John Mandeville", Marco Polo, etc. que le habían dicho qué debía ver en ese Nuevo Mundo, incluso antes de haberlo visto con sus propios ojos.¹⁷ Este hecho, además, impidió al genovés el enfrentarse al Nuevo Mundo reconociendo la inutilidad de su saber y procediendo al descubrimiento de las nuevas tierras; por el contrario, eligió mantener su "concepción del mundo" y tratar de adaptar a esta la realidad encontrada.

Esta misma predisposición colombina puede apreciarse en las crónicas de Antonio Pigafetta, artífice de la leyenda de los patagones, quien manifestó su esperanza de ver maravillas en la introducción de la obra que recogía el descubrimiento del Estrecho de Magallanes, y la primera vuelta al mundo de manos de Juan Sebastián Elcano:

"Por los libros que yo había leído y por las conversaciones que tuve con los sabios que frecuentaban la casa del prelado supe que navegando por el Océano se veían cosas maravillosas y me determiné a asegurarme por mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje..."¹⁸

Interesante párrafo que viene a confirmar lo ya explicado. Tanto el proceso de identificación como el de predisposición se alimentaban de la cultura libresca -*Por los libros que yo había leído...*-, fuente de conocimiento, que hizo que las razas monstruosas se desplazaran de un continente a otro sin apenas dificultad alguna.

2. Dos tradiciones que forjaron la leyenda de los patagones.

Como bien explica Louise Bénat, en la leyenda de los patagones parecen mezclarse dos tradiciones: la del gigante, personaje presente no sólo en la mitología clásica sino también en las novelas de caballerías; y la del *homo agrestis* o *sylvaticus* de la Edad Media, hombre salvaje, velludo, feroz de alto tamaño, bárbaro y rusto, que apenas articulaba unos vocablos o gritos y que vivía al margen del mundo civilizado.¹⁹

¹⁶ Pierre D'Ailly, *Imago mundi*, Lovaina, J. de Paderborn, 1483. La séptima figura representa lo descrito en el texto. En la web Gallica: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k52802c> [Consultada, 14 de Abril de 2014]

¹⁷ Igualmente interesante fue el hecho de que Colón se mostrara ansioso por descubrir loros. Estos habían sido descritos por Marco Polo que los situaba en el reino indio de Quilon o por Mandeville que los situaba en las tierras de Preste Juan. El hecho de que Colón encontrara loros en las nuevas tierras era una prueba más de que había llegado a su destino oriental. Peter MASON, *Deconstructing America [...] op. cit.* p. 30. Una extensa relación de las lecturas de Colón lo encontramos en Emanuele AMODIO, *Formas de la alteridad [...] op. cit.* p. 28 y ss.

¹⁸ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje en torno del globo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1922, p.36. [Primera edición: *Relazione del primo viaggio intorno al Mondo (Notizie del Mondo nuovo con le figure dei paesi scoperti descritti da Antonio Pigafetta, vicentino, cavaliere di Rodi)*, Venecia, 1524].

¹⁹ Louise BÉNAT, "Los hombres son como nosotros que de otra manera bestias y monstros serían... Los monstruos en la historiografía colonial española de la primera mitad del siglo XVI" en Eddy STOLS, Werner

En lo que se refiere al gigante, este ha sido uno de los personajes fabulosos con mayor repercusión en el arte y la literatura europeos. Su figura estuvo cargada de un profundo sentido emblemático, pues representaba la barbarie, la desmesura, el primitivismo salvaje, y prácticamente todas las civilizaciones le situaba en el origen de los tiempos.²⁰ Así, por ejemplo, en la tradición antigua y judeocristiana encontramos a los gigantes en las narraciones cosmogónicas. En el mito de la creación babilónico, los dioses Apsu -agua dulce- y Tiamet -agua salada- se unieron y tuvieron a las divinidades primordiales consideradas como grandes. Los antiguos griegos también asimilaron la existencia de gigantes a los orígenes del universo, pues según la *Teogonía* de Hesíodo de la unión de la tierra y el tártaro nacieron los titanes. Otras tradiciones poblaron sus mitos originales de seres gigantescos, como la nórdica que diferenciaba entre los gigantes del hielo y los del fuego, ambos fuertemente enfrentados a los dioses.²¹ Pero tal vez, uno de los casos más elocuentes lo encontramos en la Biblia. En el Génesis, capítulo 6, versículo 4 se habla de una tierra poblada de gigantes.²² No sería esta la única ocasión en la que se vincule a estos con los primeros tiempos en la Biblia, pues aparecen mencionados en diversos libros: Judit, Números, Deuteronomio, Primer Libro de los Macabeos, Sabiduría, etc. incluyendo a Goliat, ser gigantesco que David logró matar con una sola piedra en su honda.

Igualmente tuvieron una fuerte presencia en la cultura popular. Mijail Bajtin, explica en su obra *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, que estos estaban presentes en las fiestas populares del Medioevo, pues eran personajes habituales del repertorio de la feria y figuras obligatorias de las procesiones de carnaval o de las fiestas Hábeas. A finales de la Edad Media, numerosas ciudades contaban con sus "bufones de la ciudad", con sus "gigantes de la ciudad", y también con una "familia de gigantes" empleada por la municipalidad y obligada a participar en todas las procesiones de las fiestas populares.²³ La exhibición de seres gigantescos en las fiestas populares fue algo que se mantuvo hasta el siglo XIX tal y como refleja la historia de Agustín Luengo, un gigante español que había sido vendido por su padre por 70 reales a un circense portugués que lo exhibió de pueblo en pueblo, incluso delante del mismísimo rey español Alfonso XII.²⁴

Pero sin duda alguna, donde tuvo una mayor presencia fue en las novelas de caballerías. En muchas de ellas fue el antagonista por excelencia, el monstruo al que el caballero armado se enfrentaba en cada capítulo o libro. Un ejemplo de ello lo ofrece *Espejo de príncipes y caballeros*, conocida también como *El cavallero del Febo*, escrita por Diego Ortúñez de Calahorra y publicada por primera vez en Zaragoza en 1555. En ella, los protagonistas Rosicler y el cavallero [*sic*] del Febo, se enfrentan continuamente a crueles gigantes que hacen el mal y que aparecen descritos como seres salvajes, peludos, fieros, espantosos, soberbios e idólatras.²⁵

THOMAS, y Johan VERBECKMOES, (eds.): *Naturalia, mirabilia et monstrosa en los Imperios Ibéricos siglos XV-XIX*, Universidad de Lovaina, 2007, p. 247.

²⁰ Miguel ROJAS MIX, "Los monstruos: [...] *op. cit.* p. 145.

²¹ Gustavo VASCO, *Regio Gigantum* [...] *op. cit.* p. 4.

²² Génesis, capítulo 6, versículo 4.

²³ Mijail BAJTIN, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 306

²⁴ Jesús RUIZ MANTILLA, "Agustín Luengo, gigante de España", *El País*, 21 de julio de 2013. Edición digital: http://cultura.elpais.com/cultura/2013/07/21/actualidad/1374436343_752470.html [Consultada, 4 de septiembre de 2013].

²⁵ Sobre los gigantes en las novelas de caballerías véase: José Manuel LUCÍA MEGÍAS, "Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes de los libros de caballerías al Quijote", *Artífara*. Sección Monographica, nº 2, 2003, sin paginación.

Las novelas de caballerías, por muy sorprendente que pueda parecer, tuvieron una gran influencia en todo el proceso colonizador americano.²⁶ Los conquistadores españoles de América consumieron, en la medida de lo posible y de sus limitaciones, una buena dosis de literatura, ya fuera por lectura directa y solitario, ya por audición en ruedas de lectura pública.²⁷ En el caso de Fernando de Magallanes, por ejemplo, quien pertenecía a una familia de la nobleza menor de Portugal y que tuvo una educación cortesana en la sede real lisboeta, la lectura de las novelas de caballerías sería casi obligatorio atendiendo al ambiente en el que se formó. Asimismo, se pueden observar multitud de similitudes entre las aventuras caballerescas y colonizadoras, tanto unas como otras solían tener como protagonista un "caballero" que se enfrentaba a los peligros más increíbles, desafiando al mundo entero, con la sola ayuda de su esfuerzo y su virtud. Tanto el caballero de las novelas como el conquistador se lanzaban a un mundo desconocido, todavía mágico y lleno de misterio. Si el primero se enfrentaba a gigantes, dragones y encantadores maleficos, el segundo andaba por desconocidas y hostiles regiones americanas y acometía una labor similar al de aquel por sus dimensiones sobrehumanas y por la valoración hiperbólica que él mismo hacía de su conducta. Detrás de ambos, además, había un ideal, una misión, si bien la del caballero era la de impartir justicia, la del colonizador español era la de enfrentarse a la naturaleza virgen y a los poderosos imperios de América porque había sido llamado por el reino España con el fin de civilizar a los indígenas y de cristianizar el nuevo mundo.²⁸ Esta misión se aprecia de manera clara en el relato de Antonio Pigafetta y su encuentro con los patagones. El noble italiano contaba en él cómo Magallanes intentó el secuestro de dos gigantes con el fin de llevarlos a la península y civilizarlos, mas sólo uno llegó a la embarcación donde murió pocos días después - eso sí, tras ser bautizado- fracasando de esta manera el proyecto "civilizador".²⁹

El ideal caballeresco de la colonización americana española, que llegó incluso a exportarse a otros países como Inglaterra con las figuras de Walter Raleigh y John Smith, tuvo además su representación visual. Si usamos como ejemplo la alegoría de Magallanes (Ilustración 2) realizada por artista flamenco Jan Van de Straet (Johannes Stradanus) del siglo XVI, podemos apreciar que el capitán portugués es representado como un caballero totalmente armado que traza los cielos en una esfera militar. Este género épico, y marcadamente agresiva noción del rol del conocimiento en la expansión del imperio, fue una de las muchas tradiciones del colonialismo español -y portugués- del siglo XVI.³⁰

²⁶ Cfr. Enrique GALLUD JARDEL, "La difusión de las novelas de caballerías" en Criado de Val, Manuel (Ed.) *Literatura hispánica. Reyes Católicos y descubrimiento. Actas del congreso internacional sobre literatura hispánica en la época de los Reyes Católicos y el descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 223-229.

²⁷ Cfr. Maxime CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Turner, 1976

²⁸ Javier Roberto GONZÁLEZ, *Patagonia-Patagones: orígenes novelescos del nombre*, Rawson (Argentina), Subsecretaría de Cultura de la Provincia del Chubut, 1999, pp. 26-29.

²⁹ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje [...] op. cit.* p. 57 y ss.

³⁰ Jorge CAÑIZARES-ESGUERRA, *Nature, empire and nation. Explorations of the history of science in the Iberian world*. Stanford University Press, 2006, pp. 11-12.



Ilustración 2- Alegoría de Magallanes. *Ferdinandus Magallanus Lusitanus in Americae Retectio*. Johannes Stradanus, 1580. Museo Nacional de Diseño Cooper-Hewitt, Nueva York.

La segunda tradición que completa la leyenda del patagón, la del hombre salvaje, tiene unas raíces igual de profundas que la del gigante. Generalmente, este ha estado vinculado con el indígena americano, sin embargo sus orígenes son totalmente europeos. Como bien explica Roger Bartra, el hombre salvaje existió mucho antes de la gran expansión colonial, estaban los *agriori* de Grecia, los anacoretas velludos coptos, *homines sylvestres* de los Alpes, etc. siendo este, por tanto, fruto de la imaginación europea.³¹ De este modo, su identificación con el indígena americano se debió a que los europeos siempre utilizaron la idea del hombre salvaje para reconocer o marcar al "otro", al individuo que por sus prácticas bárbaras no encajaban dentro del modelo establecido. Esta costumbre hizo que el hombre civilizado fuera siempre de la mano de su sombra, el salvaje, ya que en cada nueva tierra habían gentes a las que fácilmente se les podía aplicar ese adjetivo.³² En el caso de América, la transposición del mito era muy fácil, los amerindios no eran para nada parecidos hasta lo que ahora se había visto -tanto física como culturalmente-, no se podían incluir totalmente en las categorías de monstruos de Plinio, pero sí se les podía incluir en la idea del hombre salvaje pues ambos poseían los mismos defectos. La identificación del indígena con este llegó a tal que lo que se ha considerado la europeización de América se convirtió en la "indianización" de Europa, hasta el punto de que la palabra "indio" se transformó en un término para describir cualquier ambiente en la que los hombres vivieran en la ignorancia de la fe y de los modos de la vida humana.³³

Tanto los gigantes de las novelas de caballerías como el mito del hombre salvaje es lo que, en opinión de Javier Roberto González, le valió el nombre a los patagones. El "bautismo" de las tribus de la Patagonia se debió, según la teoría presentada en un principio por María Rosa Lida y defendida por el autor anteriormente mencionado, a la novela de caballería titulada *Primaleón (Libro segundo del emperador Palmerín*, Salamanca, 1512) y que tenía por antagonista un gigante de nombre Patagón. González, quien realiza un estudio exhaustivo sobre ello,³⁴ identifica una serie de puntos que tenían en común tanto el personaje

³¹ Roger BARTRA, *El salvaje en el espejo*, México, Ediciones Era, 1992, p. 14.

³² *Ibidem*, p. 14. "El otro se constituye como espejo de la humanidad del sujeto". Emanuele AMODIO, *Formas de la alteridad [...] op. cit.* p. 23.

³³ Peter MASON, *Deconstructing America [...] op. cit.* p. 60.

³⁴ Javier Roberto GONZÁLEZ, *Patagonia-Patagones [...] op. cit.* Para un resumen del trabajo ver: Javier Roberto González, "Realidad y deseo detrás de un bautismo: Magallanes y los Patagones", en *Unidad y*

de ficción como los gigantes de la Patagonia: apartamento, tamaño, fealdad, velocidad, armas, dieta, ferocidad, especial conducta hacia las mujeres, salvajismo y reducción al orden civilizado. Son estos últimos, lo que en su opinión, contribuyeron a que Magallanes asemejara a los Tehuelches con el Gran Patagón. Con esta identificación, el marino portugués pareció querer dejar claro que vinculaba a los patagones - que como veremos más adelante eran nómadas, comían carne cruda, vestían con pocos ropajes, etc.- con el salvajismo. Es posible que no los considerara malos en esencia y que viera la ferocidad de los patagones como una consecuencia natural del predominio de lo animal sobre lo humano, pero que era fácilmente corregible siempre y cuando se les pudiera reducir al orden civilizado -un tema que había alcanzado gran popularidad tras el descubrimiento-. Según González, esa pareció ser la intención que se escondía tras el plan de "secuestro" de Magallanes, quien deseaba emular las aventuras caballerescas en la que el ser gigantesco se sometía a las órdenes de la civilización. El marinero portugués no llegó a cumplir con esa misión.³⁵

3. Los relatos de viaje y los difusores del mito.

Como ya explicábamos en la introducción de este trabajo, la creación y la evolución de la figura del gigante patagónico fue la consecuencia directa de los múltiples periplos que se hicieron al Estrecho de Magallanes y al Océano Pacífico. Muchos de ellos se plasmaron en relatos de viajes que fueron leídos años tras años creando en la conciencia europea la existencia de seres fantásticos en una tierra que durante años permaneció prácticamente desconocida y casi inhóspita.³⁶

Es difícil identificar con total seguridad la intencionalidad escondida tras estas narraciones. Su popularidad garantizaba que llegara a un amplio público, pues eran relatos que estimulaban la imaginación y la curiosidad e introducían una vida de aprendizaje y erudición. Es probable, aunque no seguro, que los propios escritores -y, en su mayoría, también protagonistas- fueran conscientes de esa misma notoriedad y que la usaran para determinados fines. Por ejemplo, no cabe duda que tras las narraciones escritas por Walter

diversidad en América Latina: conflictos y coincidencias. Actas de las Terceras Jornadas de Historia Argentina y Americana, Buenos Aires, Centro de Graduados en Historia de la Universidad Católica Argentina, 2000, 1, pp. 55-69. Desde aquí queremos agradecer a D. Javier Roberto González por facilitarnos amablemente su estudio sobre la procedencia del nombre "Patagón".

³⁵ Javier Roberto GONZÁLEZ, "Realidad y deseo [...]", *op. cit.* pp. 64-65. Ciertamente la idea que propone Javier Roberto González resulta muy atractiva, y hasta cierto punto verosímil, pues se sabe que muchos caballeros y no caballeros quisieron, como Magallanes, imitar las aventuras que se narraban en las novelas de caballerías, e incluso dentro de los círculos cortesanos se organizaron justas y fiestas inspiradas en las mismas. Asimismo, se considera posible que Magallanes hubiera tenido acceso a una novela caballeresca que gozó de gran popularidad cuando este zarpó hacia el estrecho que lleva su nombre. No obstante, pensar que quisiera emular las aventuras del Gran Patagón resulta algo extrapolado, en el sentido de que es imposible saber con qué intención había querido el capitán portugués "secuestrar" a los gigantes patagónicos, ya que lo único que ofrece González son conjeturas que si bien son atractivas, no deja de carecer de fuentes fidedignas que prueben de forma clara las intenciones del mismo. En nuestra opinión, parece más verosímil pensar que la intención de Magallanes fue la de exhibir a los salvajes gigantes del Nuevo Mundo en la corte, tal y como en su día lo había hecho Cristóbal Colón con los indígenas que trajo a la vuelta de su primer viaje a América.

³⁶ Este hecho, por ejemplo, lo señalaba el propio Alejandro Malaspina en cuyo informe hablaba de la aridez de las tierras de la Patagonia y lo difícil que resultaba habitarlas. Juan PIMENTEL, *Ciencia y política en el pensamiento colonial de Alejandro Malaspina (1754- 1795)*, Universidad Complutense de Madrid, 2005, p. 239, Rafael SAGREDO y José GONZÁLEZ, *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. 2004, p. 223.

Raleigh o Domingo de Vera, donde se incluían acéfalos en el primero y amazonas en el segundo, se escondían el deseo de atraer la financiación de grandes señores para sus propias expediciones (ambos pretendían encontrar la mítica ciudad de El Dorado).³⁷ En el caso de los relatos sobre los patagones, la intencionalidad parece ser muy variada: la mera descripción de unos pueblos que habitaban unas tierras lejanas, el engrandecer los periplos marítimos, probar que se había viajado - quien no había visto no había viajado- o dar cuenta de los hechos acontecidos, la crítica política a las coronas enemigas, la estrategia geopolítica en el contexto de la colonización o la plasmación de teorías ideológicas expandidas por el continente europeo -un ejemplo fue la del "Buen salvaje"-. Sean cuales fueren sus intenciones, los relatos de viajes ayudaron a crear esa idea del continente americano fantástico en los que había ciudades de oro como la ciudad de Cíbola o El Dorado y de ser una tierra habitada por acéfalos, amazonas, hombres salvajes y gigantes.

Difusores del mito.

Los difusores del mito del patagón fueron, por tanto, aquellos que plasmaron en papel lo que habían visto u oído. El artífice, ya lo hemos mencionado, fue el noble italiano Antonio Pigafetta a través de su *Primer viaje en torno del globo*. No deja de ser interesante la historia de este particular cronista que se embarcó en una aventura arriesgada, por el mero hecho de ver maravillas y contarlas gracias a la recopilación que había realizado de numerosos datos acerca de la geografía, el clima, la flora, la fauna y de los habitantes indígenas de los lugares recorridos. No cabe duda de que cumplió su objetivo ya que su obra - la primera edición se publicó en Venecia en 1524 bajo el título de *Relazione del primo viaggio intorno a mondo*- surgió por el interés del papa Clemente VII por saber más detalles de un viaje que ya conocía de oídas.³⁸ Con la obra de Pigafetta, el Estrecho de Magallanes no sólo quedó poblado de gigantes, sino que además favoreció toda una acumulación mítica, pues vino a proyectarse sobre él una serie de viejos anhelos y quimeras como el de encontrar la tan buscada especiería.³⁹

Y si bien el artífice fue Pigafetta, el mayor difusor de la leyenda de los patagones fue Maximiliano Transilvano, secretario de Carlos V, quien tuvo la posibilidad de entrevistar a los supervivientes de la aventura iniciada por el capitán portugués y concluida por Juan Sebastián Elcano. De los detalles extraídos redactó una carta a Mateo Lang (*Maximiliani Transylvani Caesaris a secretis epistola, de admirabili & novissima hispanorum in orientem navigatione...* 1523), cardenal arzobispo de Salzburgo y obispo de Cartagena, que al estar escrita en Latín favoreció su amplia difusión por Europa gracias, en parte, a Francisco Chiericati -protector a su vez de Antonio de Pigafetta- quien se había hecho una copia del documento que envió a Roma para su publicación.⁴⁰

³⁷ Julio GARCÍA ARRANZ, "La imagen del monstruo como instrumento político religioso en el siglo XVI" en Mario Pedro DÍAZ BARRADO (Coord.), *Las edades de la mirada*, Universidad de Extremadura, Instituto Ciencias de la Educación, 1996, pp.136-137.

³⁸ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje* [...] op. cit. p. 36.

³⁹ Juan GIL, *Mitos y utopías* [...] op. cit. p. 259.

⁴⁰ La información de la carta de Maximiliano Transilvano ha sido extraída de: VVAA: *La primera vuelta al mundo*, Miraguano ediciones/Ediciones Polifemo, Madrid, 2012, p. 14. Su primera edición, *Maximiliani Transylvani Caesaris a secretis epistola, de admirabili & novissima hispanorum in orientem navigatione...* Colonia, 1523, se encuentra en la biblioteca universitaria de Salzburgo: <http://www.ubs.sbg.ac.at/sosa/fr/frm.htm> [Consultada, 15 de abril de 2014].

No fueron ellos los únicos transmisores de la aventura magallánica, el periplo que permitió el descubrimiento del acceso sur al Océano Pacífico fue recogido por múltiples cronistas de las Indias, que se hicieron eco a su vez del encuentro de Magallanes y su tripulación con los gigantes de la Patagonia. Entre ellos es interesante destacar a Pedro Mártir de Anglería quien fue miembro del Consejo de Indias (1520-26) y cronista, lo que le permitió acceder a una serie de informaciones sobre el Nuevo Mundo que procedían de los propios actores de los hechos o testigos de las hazañas y que dieron como fruto su *Décadas del Nuevo Mundo* (1530). O López de Gómara que si bien se había mostrado crítico a la hora de hablar de razas monstruosas en su *Historia general de las Indias* (1533), especialmente sobre las Amazonas y las aventuras de Orellana, no dudó en recoger el relato de los patagones con el fin de entretener al lector.

Los viajes al Maluco, que incluyeron la expedición de Magallanes y que tuvieron como fin la reivindicación de las Islas Malucas por parte de la corona española siguiendo lo establecido por el tratado de Tordesillas,⁴¹ se completaron con la expedición del marino García Jofre de Loaísa (1525-1527). Una empresa, llamada la "armada de la especiería"⁴² que fue motivada por las propias informaciones que Elcano había proporcionado sobre el Estrecho de Magallanes a Carlos V. Las vicisitudes de este periplo, que incluían el desembarco en aquel y el encuentro con los patagones, fueron recogidos por Andrés de Urdaneta y Gonzalo Fernández de Oviedo. El primero fue testigo directo de lo ocurrido, era militar, cosmógrafo, marino, explorador y religioso y no sólo participó en la expedición de Loaísa sino también en la de Miguel López de Legazpi (1564-1565), descubriendo lo que se conoce como "Ruta de Urdaneta" o "tornaviaje" (1567) que permitía llegar a Acapulco desde Filipinas por el Océano Pacífico. Su viaje bajo las órdenes de Loaísa quedó plasmado en un informe que fue entregado a Carlos V en 1537 con el título *Relación escrita y presentada al Emperador por Andrés de Urdaneta de los sucesos de la armada del comendador Loaísa, desde 24 de julio de 1525 hasta el año de 1535*.⁴³ El segundo fue cronista de las Indias y en su obra más conocida, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* -editada completa entre 1851-1885-, se hizo eco de las aventuras de la tripulación de Loaísa a través de las anécdotas que le contó el clérigo Johan de Arizaga, quien formó parte de la expedición como capellán.

Tras estos primeros viajes al Maluco, las expediciones al Estrecho de Magallanes y al Pacífico vivieron un gran esplendor con empresas autorizadas no solo por la metrópolis sino también por las autoridades americanas. Una de las más importantes fue la organizada por el Virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, con Juan Ladrillero a la cabeza (1557-1559). Este era un experto navegante y ha sido considerado como el otro descubridor del mencionado estrecho al atravesarlo desde el Pacífico hacia el Atlántico. Su pericia quedó plasmada en *Descripción de la costa del mar océano, desde el sur de Valdivia hasta el*

⁴¹ Aunque la justificación oficial de estos viajes al Maluco eran la reivindicación de las Malucas y la búsqueda de la especiería, Juan Gil expone la teoría de que el único objetivo de la mayor parte de las expediciones de este periodo fue la búsqueda de lo que el autor llama el "oro del Pacífico", de ahí que muchas de ellas no cumplieran el objetivo real. De hecho el autor explica que Loaísa no solo se dirigía al Maluco sino también a Cipango. Finalmente, Carlos I, forzado por la horrible situación económica de la Corona, se vio obligado a vender el Maluco a Portugal por la suma de 350,000 ducados en 1529. Juan GIL, *Mitos y utopías* [...] op. cit. pp. 13-42.

⁴² *Ibidem*, p. 27.

⁴³ La relación de Urdaneta fue recogida en: M. Fernández de Navarrete, (Ed.): *Colección de los viajes y descubrimientos...* Madrid, Imprenta Nacional, 1837. Tomo V, p. 401 y ss. Y está ubicada en Archivo General de Indias, Patronato, 37, R.36 y se puede acceder a través del Portal de Archivos Españoles (PARES): http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet [Consultada, 15 de abril de 2014].

Estrecho de Magallanes inclusive (1557-1558),⁴⁴ en ella incluía su encuentro con "las gentes" del Estrecho.

Todas estas expediciones, llevadas a cabo tanto por la corona española como por sus autoridades en América, convirtieron el Océano Pacífico en lo que se llamó "lago español". Denominación que se debió a que éstos fueron los primeros europeos en acceder a él, trazar sus costas orientales, y con toda probabilidad, los primeros hombres en atravesarlo. Sin embargo, la exclusividad duró poco y a finales del siglo XVI la zona del Estrecho de Magallanes empezó a ser explorada por marineros de coronas enemigas como los holandeses y, en especial, los ingleses. Una de las iniciales incursiones fue la del corsario Francis Drake quien realizó la primera circunnavegación al mundo bajo la corona inglesa (1578-1580). Sus correrías en la zona de la Patagonia quedaron plasmadas en tres relatos escritos por diferentes autores. El más favorable fue el de Francis Fletcher, *The World Encompassed by Sir Francis Drake... Collated with an Unpublished Manuscript of Francis Fletcher...* (1628), quien fue capellán del *Golden Hind*, barco capitaneado por Drake. En él, contó el desembarco de la tripulación inglesa en la Bahía de San Julián y criticó la fantasiosa imaginación de los españoles con respecto a los patagones. Un segundo relato fue el de John Drake, primo-hermano de Francis, quien fue obligado a declarar ante la Inquisición de Lima en 1587. En dicha declaración John dio cuenta de todos los viajes realizados con su primo en calidad de paje, incluido su estancia en la Bahía de San Julián, en la que sí habló de gigantes, brindando, por tanto, una historia muy diferente a la que ofrecería Fletcher.⁴⁵ Y por último, las tropelías de Drake fueron narradas por el capitán portugués Nunho Da Silva, quien fue secuestrado por el corsario debido a los conocimientos que aquel poseía de las costas suramericanas.⁴⁶

Las incursiones del pirata inglés motivaron a que, desde la corona española y el virreinato de Perú, se organizara una expedición que tuviera como objetivos descubrir y medir las dimensiones de los estrechos y pasos hacia el Atlántico, nombrarlos y escoger los mejores lugares para fortificar y defender su navegación estableciendo colonias. Así como entablar relación con los nativos de esas regiones con el fin de obtener información sobre los recursos económicos de los lugares que se eligieran para emplazar los asentamientos y fuertes.⁴⁷ Una de las propuestas que se llevó a cabo para cumplir este objetivo fue la de Pedro Sarmiento de Gamboa, quien ya había participado en anteriores viajes de exploración al Pacífico bajo las órdenes de Álvaro de Mendaña, dando como resultado el descubrimiento de las Islas de Salomón (1568).⁴⁸ En un informe que presentó a Felipe II, Gamboa aseguró que dos ciudades podían autoabastecerse y detener cualquier avance de los enemigos hacia la

⁴⁴ Archivo General de Indias, Patronato, 32, R.5. A través de PARES: <http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/ControlServlet> [Consultada, 15 de abril de 2014]. Puede igualmente consultarse en: H. BECCO, *Crónicas de los Patagones*, Buenos Aires, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2003.

⁴⁵ La Declaración de John Drake ante la Inquisición española puede encontrarse en el Archivo General de Indias: Patronato, 266, R.54 y consultarse PARES, sin embargo, nosotros lo hemos consultado en el siguiente enlace: <http://patlibros.org/djd/index.php?lan=esp> [Consultada, 5 de septiembre de 2013].

⁴⁶ *Relación del viage del corsario yngles que dio el piloto nuño de silva ante su excelencia del virrey de mexico a 20 de mayo de 79 y esta no la dio el tan desmenuçada sino q como se le iba preguntando respondia*, The Kraus collection of Sir Francis Drake consultada en el siguiente enlace: <http://memory.loc.gov/cgi-bin/ampage?collId=rbdk&fileName=d001/rbdkd001.db&recNum=19> [Consultada, 5 de septiembre de 2013].

⁴⁷ PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA, *Viaje al estrecho de Magallanes y noticia de la expedición que hizo después para poblarlo...* Buenos Aires, Eudeba, 2010, p. 18 y ss.

⁴⁸ Las Islas Salomón están igualmente vinculada con una leyenda de gigantes pues, según varios testigos tales como el virrey de Perú o Juan López de Velasco, se contaba que estos habían llegado al Perú en almadías de juncos procedentes de unas islas más o menos cercanas al continente (¿Islas Salomón?). Los huesos prehistóricos hallados en dichas tierras movieron a la curiosidad y al asombro de los españoles que pronto los vincularon con los mencionados gigantes. Juan GIL, *Mitos y utopías [...] op. cit.*, p. 97.

corona. Y si bien el rey aceptó la propuesta, no puso a éste como capitán sino como futuro gobernador.⁴⁹ No obstante, el marino no pudo errar más en su ansiado proyecto colonizador que tuvo un final totalmente desastroso del que fue testigo otro pirata anglosajón: Thomas Cavendish. Las dos colonias fundadas, *Nombre de Jesús* y *Rey Don Felipe*, perecieron poco a poco y ésta última pasó a denominarse *Puerto del Hambre* (Port Famine) tras la visita del inglés en 1587.⁵⁰

Junto con los ingleses, los holandeses también se mostraron como un peligro que amenazaba con romper la exclusividad del lago español. En el siglo XVI, Holanda se manifestó como una gran potencia marítima además como un enemigo principal de la corona española, lo que motivó la financiación de expediciones llevadas a cabo por piratas y corsarios por parte de comerciantes ricos. Sus continuas incursiones rompieron definitivamente con la hegemonía española en el Pacífico, que se confirmó con la creación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en 1602.⁵¹ Dos nombres destacan en este asunto: Oliver Van Noort (1598-1601) y Sebald de Weert (1598-1600),⁵² ambos exploraron el Estrecho de Magallanes y ambos hicieron cuenta de extraños salvajes en aquellas regiones.

Ya en el siglo XVIII, la cuestión de la existencia de los patagones resurgió en medio de un conflicto político y colonizador que tuvo como foco principal las Islas Malvinas. Un lugar estratégico para el acceso al Estrecho de Magallanes y, por tanto, el paso hacia el Océano Pacífico deseado por ingleses y franceses pero reclamado como suyo por los españoles. Hasta entonces la historia de los gigantes de la Patagonia se había mantenido en cierto olvido debido, quizás, por las declaraciones de John Narborough. Contralmirante de la Marina Real Británica, había viajado a la Patagonia hacia en 1670. En su desembarco en la Bahía de San Julián tomó contacto con los indígenas a los que hizo una minuciosa descripción en la que negó la estatura gigantesca de los mismos.⁵³

No obstante, tras ese periodo de silencio, el mito resucitó más fuerte que nunca. Primero de la mano del almirante inglés John Byron y el relato sobre su circunnavegación alrededor del mundo a bordo del *HMS Dolphin* mundo (1764-1766) titulado *A Voyage Round the World, in His Majesty's Ship the Dolphin, Commanded by the Honourable Commodore Byron* (1767), posteriormente de la mano de Dom Pernety en su narración sobre el viaje que realizó a las Malvinas bajo el mando de Louis Antoine de Bougainville en 1763 titulada *Journal historique d'un voyage fait aux îles Malouines...* (1769). Ambas historias reabrieron un debate en los círculos intelectuales que ya habían empezado a cuestionar los relatos de viajes del siglo XVII, los cuales asociaron con mentiras y engaños. Estos pusieron a prueba

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 19-20.

⁵⁰ Según cuenta Carlos A. Brebbia, en 1586 los colonos sobrevivientes que habían huido de la colonia *Rey Don Felipe* en busca de ayuda, se habrían encontrado con Thomas Cavendish en la Bahía Porvenir. Tres de ellos, uno de ellos Tomás Hernández, subieron a bordo de la nao del corsario inglés que se ofreció a ayudarles. Ante esta noticia, los otros dos decidieron regresar a tierra en busca de más sobrevivientes, pero cuando decidieron volver a la nao, vieron que ésta ya no estaba pues el viento en el estrecho había cambiado de dirección y Cavendish decidió salir a pesar de las súplicas de Tomás. Finalmente, cuando Cavendish llegó a *Rey Don Felipe* se encontró con una escena totalmente desoladora con cadáveres yaciendo en el mismo sitio en el que habían caído y algunos ahorcados. Recomendamos la lectura de Jorge FERNÁNDEZ, 1990. "Análisis de las causas concurrentes al fracaso de las colonias españolas de 1584 en el Estrecho de Magallanes, Patagonia austral" en J. Roberto Bárcenas, *Culturas indígenas de la Patagonia*, Madrid, Turner, 1990, pp. 63-107; Carlos A BREBBIA, *Patagonia a forgotten land, from Magellan to Peron*, Southampton, WIT Press, 2007.

⁵¹ Carlos A BREBBIA, *Patagonia a forgotten [...] op. cit.* p. 40

⁵² Fechas de sus expediciones.

⁵³ Mónica SCHILLAT, "Los gigantes patagónicos. Historia de una leyenda", en *Todo es Historia*, Buenos Aires, n° 309, 1993, p. 6.

las narraciones valorando la veracidad de las mismas según la coherencia del contenido y no por el estatus social del autor según se había hecho hasta entonces.⁵⁴

Las expediciones científicas españolas también mostraron interés por los habitantes de la Patagonia, en especial la de Alejandro Malaspina. Su informe, *Viaje político-científico alrededor del mundo* (1885), contenía una detallada explicación tanto de la geografía de la costa patagónica, donde incluía sus propias reflexiones sobre la naturaleza, como un análisis etnográfico y/o etnológico de los habitantes. Su objetivo era el de ofrecer una descripción precisa, tal y como la ciencia filosófica en Europa demandaba en aquel momento, percibiéndose la influencia rousseniana. Al igual que para el francés, el estudio de los indios supuso para él una oportunidad de estudiar la humanidad en lo que consideraba ser el más temprano estadio de desarrollo, cerca a un estado natural.⁵⁵

4. Creando al patagón: descripción textual y representación visual.

En el proceso de la creación de la figura del gigante patagónico contribuyeron tanto las descripciones escritas como las imágenes, si bien lo primero favoreció la creación de lo segundo. Ambas se fueron reproduciendo año tras año consolidando un mito que permaneció en el imaginario europeo por más de tres siglos.

Descripción textual

Las descripciones textuales fueron fundamentales para la creación de la leyenda de los patagones. Estas estaban presente en cada uno de los relatos mencionados en el apartado anterior y presentaban bastante similitudes. En la mayoría de ellas se solían hacer hincapié en una serie de detalles tales como la apariencia física, el lenguaje, la religión, la moralidad, el tipo de gobierno, la vestimenta, la cultura material, la alimentación y la manera de ingerirlo, el armamento y la forma de hacer la guerra, etc. ¿Por qué ese interés precisamente en estos detalles? Básicamente, y como bien explica Rebecca Brienen, son estos elementos los que distinguían a los cristianos de los no cristianos, los que sellaban el límite entre "nosotros" -los europeos- y "ellos" -el otro, el salvaje-.⁵⁶ Marcar la diferencia era dejar claro que los occidentales no se identificaban con los indígenas salvajes del nuevo continente y justificaba, de alguna manera, la colonización.

No obstante, no podemos hablar de una homogeneización total en cada una de las descripciones. Pequeñas diferencias son fácilmente apreciables en algunos de los detalles aportados por los autores, diferencias que en nuestra opinión se debían a un problema de localización. Hay que entender, y esto pocas veces se tiene en cuenta cuando hablamos de patagones, que bajo la idea de "gigante patagón" se incluyó a toda una serie de tribus que habitaron la Patagonia. De hecho, los Tehuelches -tribu que recibió el mencionado nombre- lo componían una compleja red de subgrupos que poblaban la Patagonia Argentina y la

⁵⁴ Jorge CAÑIZARES-ESGUERRA, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*, México, ed. FCE, 2007, p.40.

⁵⁵ David J. WEBER, *Barbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*, Yale University Press, New Haven, 2005, p. 23.

⁵⁶ Rebecca BRIENEN, *Visions of savage paradise. Albert Echout, Court Painter in Colonial Dutch Brazil*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2006, p. 81.

región Pampeana en América del Sur. En los siglos XVI, XVII y XVIII, los gigantes patagónicos habitaron una extensa localización (ilustración 3) que iba desde Puerto Deseado hasta Punta Santa Ana (Puerto del Hambre), es imposible, por tanto, que todas las tribus con las que se encontraron los marineros en los diferentes puntos compartieran los mismos detalles, aunque en esencia fueran muy similares.

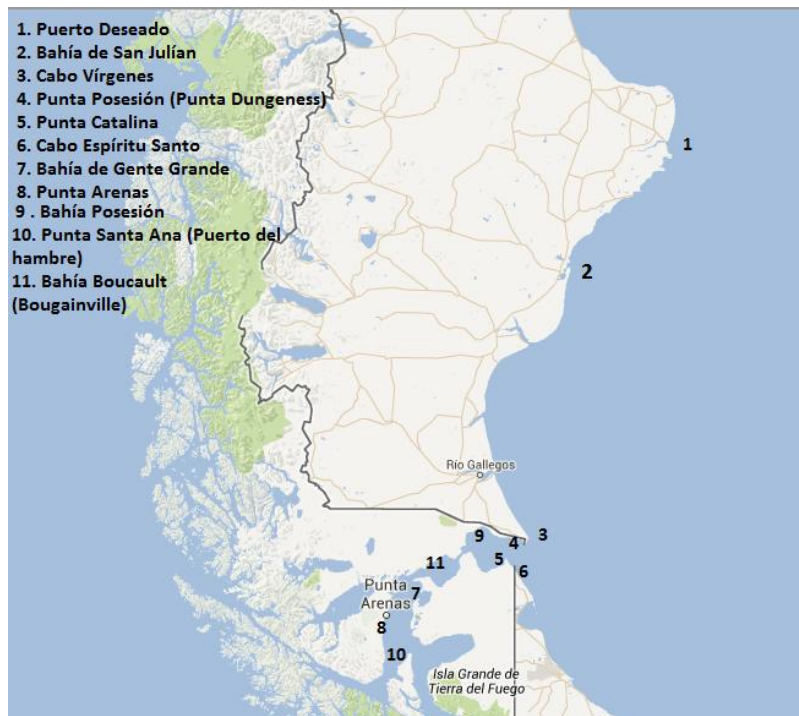


Ilustración 3- Mapa ilustrativo con cada uno de los puntos en los que fueron vistos los patagones. Elaboración de la autora siguiendo los testimonios ofrecidos en los diferentes relatos de viaje.

Falta de homogeneidad puede apreciarse en el detalle que más caracterizó a los patagones y que los hizo famosos: su gigantez. No todos los testimonios hicieron referencia a ello y algunos incluso lo refutaron. Un ejemplo, lo encontramos en el relato que Francisco Albo⁵⁷ hizo de su viaje bajo las órdenes de Magallanes en *Derrotero del viaje de Magallanes desde el Cabo de San Agustín en el Brasil, hasta el regreso a España de la Nao Victoria*. En él apenas dedicó unas líneas al desembarco de la tripulación en la Bahía de San Julián y aunque recogió un encuentro con los indios de la zona, en su escueta descripción no mencionó la supuesta altura gigantesca de los mismos. Una actitud más crítica mostró Francis Fletcher, que no sólo negó que los indios patagones fueran gigantes sino que acusó a los españoles de haber inventado la leyenda, creyendo que los ingleses nunca alcanzarían ese meridiano.⁵⁸

Otra negación vino por parte de John Narborough quien en 1670 buscó amparo en la Bahía de San Julián. En su relato encontramos una minuciosa descripción de los aborígenes

⁵⁷ Francisco Albo fue uno de los supervivientes que desembarcaron en Sanlúcar en 1522, tras haber completado la primera circunnavegación del globo terrestre. Su *Derrotero del viaje de Magallanes...* se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla: Patronato, 34, R.5 y fue incluido en el ya mencionado libro de Martín Fernández Navarrete. Puede consultarse en PARES: http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet [Consultada, 15 de abril de 2014]

⁵⁸ Francis FLETCHER, *The World Encompassed by Sir Francis Drake... Collated with an Unpublished Manuscript of Francis Fletcher...* London, Nicholas Bourem, 1628, p. 28

cuya voluntad intentó ganarse improvisando un baile con su segundo, consiguiendo únicamente la mirada indiferente de los mismos. En su exposición, tal y como hemos indicado previamente, en ningún momento se hace mención de seres gigantescos. Lo mismo ocurrió con Louis Antoine de Bougainville que se negó a seguir el cuento de Pernetty en su intento de confirmar la existencia de aquellos, mediante la inclusión de un pequeño epílogo en su obra con los testimonios extraídos de los diarios de dos marineros franceses: Alexandre Duclos y Chenard de la Gyraudais . Y no sólo no le siguió el cuento sino que lo refutó de manera clara con las siguientes palabras: "Nous avons feut alliance avec ces Patagons si décriés, & que nous n'avons trouvés ni plus grands, ni même aussi méchants, que les autres hommes".⁵⁹ El francés volvió a negarlo en su obra sobre la vuelta al mundo: *Voyage autour du monde par la frégate du roi "la Boudeuse" et la flûte "l'Étoile"; en 1766, 1767, 1768 & 1769* (1770). Y si Bougainville lo rechazó, Alejandro Malaspina ni siquiera hizo referencia al mito o a la altura de los patagones, su descripción puede considerarse quizás lo más parecido a un acercamiento antropológico o etnológico.

Los que por otro lado sí consideraron a los habitantes de la Patagonia como gigantes, solían referirse a ellos como "figura gigantesca", "gigantes", "alta estatura", "grandes de cuerpo", "gente grande", "raza gigantesca", etc. E incluso solían enfatizar este hecho con expresiones tales como: "Este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura"⁶⁰, "no llegaban con las cabeças a sus miembros vergonçosos en el altor con una mano, quando se abraçaron"⁶¹, o "Su estatura era tan extraordinaria, que aun sentados así, venían a ser casi tan altos como el comandante en pie".⁶² Lo cual no quiere decir que estuvieran de acuerdo en la altura ni mucho menos, cada uno ofreció una medida distinta que, tal y como señala Mónica Schillat, varió entre los 5 y 11,5 pies durante tres siglos.⁶³ En cualquier caso, los testimonios que sí consideraron al habitante de la Patagonia como un gigante proporcionaron una serie de medidas inverosímiles y desproporcionadas con el fin de probar la verdad de lo que decían.

En lo que se refiere a la apariencia física de los patagones, casi todos los relatos coincidieron en describirlos como hombres robustos, fuertes, de hermosa talla y bien proporcionados. Algunos autores hicieron referencia a que poseían una piel tostada y otros que eran feos. Bougainville, por ejemplo, dijo de ellos que eran robustos, bien nutridos, nervios rígidos, con carnes firmes y resistentes.⁶⁴ Generalmente, sus rasgos faciales fueron descritos de manera ancha como correspondía a hombres vigorosos y de gran altura. Casi todos señalaron que sus caras estaban pintadas de color rojo y amarillo, por ejemplo, Pigafetta explicó que los rostros de los habitantes de la Bahía de San Julián estaban coloreados de rojo con excepción de los ojos que estaban rodeados de amarillo y dos trazos

⁵⁹ Dom PERNETY, *Journal historique d'un voyage fait aux îles Malouines...* Berlin, Chez Etienne du Bourdeaux, 1769. Vol 2. p. 651.

⁶⁰ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje [...]* op. cit. p. 52.

⁶¹ Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las indias*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852, p. 40.

⁶² John BYRON, *Viaje alrededor del mundo hecho en 1764, 65 y 67 a bordo del navío Delfín*, traducido al español por Don Casimiro Ortega, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1769. P. 48.

⁶³ Hay que tener en cuenta en este asunto que, antes de la introducción del sistema métrico en Europa, la medición variaba de un país a otro por lo que cuando se habla de una unidad de medida como el pie o el palmo, estos cambiaban en función de la nacionalidad del autor. Así encontramos que en España, el palmo equivalía aproximadamente a 20,9 centímetros y el pie equivalía a 0,28 metros; en Inglaterra el pie equivalía a 0,30 metros y en Francia a 0,32. Esto hace mucho más difícil saber cuál fue la media general de la estatura del patagón en el imaginario europeo. Mónica SCHILLAT, "Los gigantes patagónicos. [...]" op. cit. p. 6

⁶⁴ Louis Antoine de BOUGAINVILLE, *Voyage autour du monde par la frégate du roi "la Boudeuse" et la flûte "l'Étoile"; en 1766, 1767, 1768 & 1769*. 1770, Paris, Chez Saillant & Nyon, 1771, p. 129.

en forma de corazón en las mejillas.⁶⁵ Alejandro Malaspina, sin embargo, negó percibir algún color o pintura en sus rostros.⁶⁶ En cuanto a los cabellos, estos fueron detallados como negros y largos por lo que solían atárselos con un cordel formando una especie de "carcaj" donde colocaban sus flechas. López de Gómara, además, añadió que en sus cabezas llevaban una especie de corona parecida a la de los clérigos.⁶⁷

Las vestimentas de los patagones estaban formadas por grandes capas de piel de guanaco, si bien algunos autores señalaron que era de cebras, leones marinos, renos, nutria e incluso de perros, lo más probable es que se debiera más bien a un fallo del autor a la hora de determinar la especie animal a la que pertenecía dichas pieles. Gonzalo Fernández de Oviedo, sin embargo, dijo que estos indígenas iban "desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generación, é allí traen delante unos pedaços de cuero de danta"⁶⁸ y lo mismo Juan Ladrillero.⁶⁹ Una descripción muy detallada la ofreció Bougainville quien explicó que las vestimentas de los indios de la Patagonia eran muy similares a la de los indios que habitaban el Río de la Plata. Se trataba de una braga de cuero que les cubría las partes naturales y un gran manto de pieles de guanaco o de zorrillos ceñido con una faja alrededor del cuerpo. Éste caía hasta los talones y, comúnmente, dejaban la parte que cubría los hombros levantado hacia atrás, de tal manera que, a pesar de los rigores del clima, estaban casi siempre desnudos de la cintura para arriba lo que le hizo pensar que estos eran insensibles al frío.⁷⁰ Y al igual que la vestimenta, los zapatos también estaban formados con piel de guanaco que usaban para envolver los pies y parte de las piernas en forma de bota, la cual rellenaban con paja probablemente para ahuyentar el frío.

El nomadismo fue otra de las características que definió a los patagones, aunque sí que es cierto que no dormían a la intemperie sino que muchos autores hicieron mención de una serie de chozas o cabañas que los indígenas construían. Ladrillero recogió las características de estas cabañas: "Sus casas son que hincan unas varas en el suelo y ponen pellejo de guanacos y de ovejas y de venados, y hacen reparo para el viento y por dentro ponen paja porque esté caliente, y donde se echan y se sientan por estar más abrigados".⁷¹ Este estilo de vida nómada se explicaba, según estos autores, por el hecho de que su alimentación se basaba en la caza por lo que se iban desplazando de un lado a otro en función del movimiento de los animales. Su dieta se componía, sobretudo, de la carne de guanaco o vicuña que cazaban y comían ya fuera cruda o poco asada⁷², así como una serie de raíces que igualmente consumían sin cocinar. Fernández de Oviedo añadió que los indígenas con los que se encontró el clérigo Arizaga se alimentaban de lapas y mejillones asados.⁷³ Todos los autores solían coincidir que la cantidad de alimentos y bebidas que éstos ingerían era totalmente excesiva, de acuerdo con su gran estatura.

La dieta no sólo marcó el estilo de vida de los patagones, sino que también definió su principal actividad: la caza. Casi todos los autores coincidieron en señalar la magnífica

⁶⁵ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje* [...] op. cit. p. 52. Sobre las pinturas corporales en los indígenas de la Patagonia véase: Peter MASON, "Corps nuns, corps peints (1492-1882)" en *Patagonie. Images du bout du monde*, París, Musée du quai Branly, 2012, pp. 44-69.

⁶⁶ Rafael SAGREDO y José GONZÁLEZ, *La expedición Malaspina en la frontera* [...] op. cit. p. 226.

⁶⁷ Francisco LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia general de las indias*, Barcelona, Orbis, 1985.

⁶⁸ Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural* [...] op. cit. p. 41

⁶⁹ H. BECCO, *Crónicas de los Patagones* [...] op. cit. p. 14.

⁷⁰ Louis Antoine de BOUGAINVILLE, *Voyage autour du monde* [...] op. cit. p. 130.

⁷¹ H. BECCO, *Crónicas de los Patagones* [...] op. cit. pp. 14-15.

⁷² Un interesante estudio sobre cómo el ingerir alimentos crudos era señal de salvajismo lo encontramos en Claude LÉVI-STRAUSS, *Mitológicas*, México, Fondo de cultura económica. Vol. I "Lo crudo y lo cocido".

⁷³ Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural* [...] op. cit. p. 43.

habilidad de éstos en la actividad cinegética a lo que contribuyó la velocidad al correr, y también el manejo de los caballos una vez que éstos fueron llevado a América desde Europa, es por esto que los primeros testimonios no recogieron la capacidad de estos indígenas a la hora de montar equinos. A partir del siglo XVIII sí que se va a hablar de toda una cultura del caballo. Los dos testimonios que recogió Pernety contaban que estos tenían una especie de sillas de montar realizadas en madera y cubiertas con cuero y rellenas de pajas, asimismo señalaron que los patagones calzaban unas botas de piel con dos piezas de madera en los talones que les servía para espolear.⁷⁴ Y lo mismo recogió Alejandro Malaspina. En cuanto al armamento utilizado para la caza, destacaron especialmente dos: el arco y la flecha, así como el guijarro, una especie de arma formada por dos piedras redondeadas y unidas por un cordel realizado con tripa de animal. Ambas hechas con piedra ya que, según los testimonios, los patagones desconocían el hierro. No obstante, Sebald de Weert, hizo mención de una especie de jabalina de madera, cuya punta estaba hecha de hierro atada al palo con tripas de lobos de mar. Según su relato, estos la lanzaban con gran fuerza y destreza y resultaba ser altamente mortal, ya que según su descripción se clavaba tan profundamente que era casi imposible poderla sacar.⁷⁵

Sobre las costumbres patagónicas, sin duda alguna, una de las más conocidas y difundidas incluso a nivel visual -tal y como veremos a continuación- fue la recogida por Pigafetta en la que el patagón se introducía una flecha por la boca lo más profundo posible⁷⁶ para así vomitar y aliviar los dolores de estómago.⁷⁷ No obstante, no todos los autores estuvieron de acuerdo con la finalidad de la misma, si bien éste lo identificaba con una especie de método curativo, Transilvano dijo que era para mostrar su fortaleza y valentía.⁷⁸ Otro método descrito por el italiano fue el de hacerse cortes en las partes del cuerpo donde sentían dolor con el fin de que saliera una gran cantidad de sangre del sitio donde sufrían, ya que para ellos el dolor lo causaba ésta que no quería permanecer en tal o cual parte del mismo.⁷⁹ Asimismo, los autores hicieron referencia a danzas, reflejo del espíritu alegre y regocijado de los patagones.

No parece haber acuerdo entre los diferentes autores sobre la religión de estos indígenas. La razón por la que mostraran atención a esta se debe, tal y como hemos explicado en el inicio de este apartado, a que el hecho de que los amerindios carecieran de Dios era una señal de su salvajismo y una justificación aceptable para la colonización. No obstante, los patagones no carecían de Dios, Pigafetta, por ejemplo, hizo referencia a una serie de deidades tales como Setebós que era el Diabolo Mayor y Chelele como dioses menores.⁸⁰ John Byron dijo que solían mirar al sol como si lo adoraran,⁸¹ y Malaspina igualmente reconoció que poseían algún tipo de religiosidad aunque se escapaba a su conocimiento.⁸² En cuanto a su gobierno, sorprendentemente solo encontramos dos referencias totalmente contradictorias, la

⁷⁴ Dom PERNETY, *Journal historique d'un voyage* [...] op. cit. p. 662.

⁷⁵ Testimonio de Sebald de Weert extraído de: Robert KERR, *A general History and Collection of voyages and travels*... Londres, 1824. Consultada en la edición digital del siguiente enlace web: <http://www.columbia.edu/itc/mealc/pritchett/00generallinks/kerr/> [Consultada, 9 de Septiembre de 2013]. Parte II, Libro IV, Capítulo 4, sección 2.

⁷⁶ Cfr. Frank LESTRINGANT, "La flèche du Patagon ou la preuve des lointains: Sur un chapitre d'André Thevet", en J. CÉARD y J.-C. MARGOLIN (eds.), *Voyager à la Renaissance: Actes du colloque de Tours 1983*, París, Maisonneuve & Larose, 1987, pp. 467-496.

⁷⁷ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje* [...] op. cit. p. 52.

⁷⁸ VVAA: *Op. Cit.* P. 26

⁷⁹ Antonio PIGAFETTA, *Primer viaje* [...] op. cit. p. 52.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ John BYRON, *Viaje alrededor del mundo* [...] op. cit. p. 50.

⁸² Rafael SAGREDO y José GONZÁLEZ, *La expedición Malaspina en la frontera* [...] op. cit. p. 231.

de Bougainville que habló de una falta de jefes y la de Malaspina que hizo referencia a una serie de caciques.

El lenguaje fue otro de los elementos más difíciles de descifrar para los autores. Todos coincidieron en que la mayor parte de la comunicación con ellos se hizo con gestos y señas, aunque todos reconocieron que los indios patagones tenían una especie de lenguaje e incluso algunos llegaron a hacer una especie de diccionario -por ejemplo, Antonio Pigafetta o Alejandro Malapina- y Gómara alcanzó a decir que hablaban "de papo", es decir, con cierta presunción o vanidad. Asimismo, llamó profundamente la atención el hecho de que éstos sintieran atracción por las baratijas tales como cascabeles, espejitos, cintas, cuentas de vidrio, etc. Y, a partir del siglo XVIII, también por algunos comestibles tales como pan, galletas (sea biscuits) o menestras. Todos ellos fueron ofrecidos a los patagones con la intención de ganar su atención. Oviedo, además, señaló que era tal el interés de estos por las baratijas que no dudaban en robar: "Son tal salvages, que piensan que todo es común, y que los chripstianos no se enojan de lo que les hurtan..."⁸³

Por último, la relación de los europeos y los patagones no siempre fue pacífica. Aunque la mayor parte de los testimonios se esforzaron en definir a los indígenas como seres pacíficos y dulces, lo cierto es que los encontronazos violentos eran constantes en el choque de culturas. Algunas veces estos eran iniciados por los propios europeos que se empeñaron en secuestrarlos tal y como ocurrió en el primer encuentro, en otras ocasiones se iniciaban por propia iniciativa de los indígenas que habiendo aprendido la lección de anteriores visitas se mostraban recelosos. Entre los encuentros violentos destaca el de Drake y su tripulación que, tal y como recogió Fletcher y John Drake, culminó con la muerte de dos marineros: un flamenco y un inglés.⁸⁴ Igualmente violento fue el desembarco de Thomas Cavendish que terminó con dos ingleses heridos⁸⁵ o el de Sebald de Weert. A partir del siglo XVIII, sin embargo, reinó la paz en el contacto con los patagones, es más, hubo un esfuerzo por destacar el pacifismo con el fin de confirmar las ideas de Rousseau sobre la bondad innata del hombre en su estado natural. Esta diferencia se debió, quizás, al cambio de actitud de los propios europeos que veían a los patagones no ya como fieros salvajes, sino como la representación del salvajismo noble que se estaba implantando en Europa.

Es interesante resaltar aquí que, aunque la descripción textual aquí ofrecida es muy general -ya que nos interesa más la visión global, y no particular, que lo largo de los tres siglos se tienen de los patagones-, hay que tener en cuenta, sin embargo, aspectos como la cronología y las nacionalidad de los autores que ofrecen dichas descripciones a la hora de una un profundo análisis evolutivo de la imagen de los patagones. Esta no fue, como ya hemos visto, ni homogénea ni estática, sino todo lo contrario, fue muy heterogénea y evolutiva. Las diferencias en las descripciones respondieron, como ya hemos apuntado al principio, posiblemente al hecho de que no todos los autores tuvieron contacto con las mismas tribus, pero también al hecho de que no todos procedían del mismo lugar, ni todos son del mismo periodo. Si bien las primeras descripciones son escuetas y más tendentes a calificar al patagón como un "salvaje", a medida que nos acercamos al siglo XVIII las descripciones son más extensas y realistas, con un punto de vista más etnológico que se manifiesta, ya de manera clara, con Malaspina.⁸⁶

⁸³ Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural* [...] op. cit. p. 44.

⁸⁴ Francis FLETCHER, *The World Encompassed by* [...] op. cit. p. 28.

⁸⁵ Robert KERR, *A general History and Collection* [...] op. cit. Parte II, Libro IV, Capítulo 2.

⁸⁶ Cfr. Marisa GÓNZALEZ MONTERO DE ESPINOSA, *La ilustración y el hombre americano*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

Representación visual

Las representaciones visuales de América tuvieron una gran importancia desde los primeros días de exploración y asentamiento en los que la administración imperial requirió imágenes de sus nuevos territorios: mapas, descripciones de las gentes, plantas y animales de las nuevas tierras.⁸⁷ Un apetito visual que, en palabras de Daniela Bleichmar, caracterizó una manera hispánica de conocer el imperio.⁸⁸ Lo cierto es que las ilustraciones tuvieron siempre una gran importancia en el conocimiento de la Historia Natural, pero esta se duplica cuando se trata del continente americano. Esto se debió a que las imágenes permitían poner a disponibilidad de todos el conocimiento de un continente que no estaba al alcance de una mayoría: ayudaban a describir, documentar, autenticar, hacer argumentos y movilizar información.⁸⁹ Estas sirvieron, además, para ganar el patrocinio de mecenas que financiara el proyecto de alguna expedición, o simplemente, para tranquilizar aquellos que habían puesto su dinero.⁹⁰

En el caso de los patagones es interesante observar cómo su imagen va evolucionando desde el salvajismo de las primeras representaciones, que fueron un ejemplo más de que estas se hicieron de acuerdo las convenciones europeas, hasta el neoclasicismo de Jesús del Pozo -pintor en la expedición de Malaspina-. Una evolución paralela a la que se observa en las propias descripciones textuales y que, como ya hemos explicado, es acorde a los cambios ideológicos que se producen en el continente europeo. Es probable que las primeras representaciones de los mismos daten de mediados del siglo XVI,⁹¹ así en la *Cosmographie Universelle* de Guillaume le Testu (1555) llegan a aparecer en tres de los mapas incluidos en el atlas. En el primero de ellos, que representa una "partie de la Terre du Su", en la que un patagón está sentado en la zona misma de la Patagonia, al norte del Estrecho de Magallanes (en el "Royaume de Giganton"). En el segundo, en la "Regne de Giganton", se aprecia dos gigantes vestidos con faldas de plumas. Y en el tercer mapa, sobre Brasil, encontramos dos patagones en la parte superior de la imagen, uno de los cuales está luchando contra un dragón.⁹²

Apenas unos años después, nos encontramos con el mapa de América realizado por Diego Gutierrez e Hieronymus Cock -ambos cartógrafos, el primero español y el segundo flamenco- en 1562 (Ilustración 4). En él, aparece la región sur de América titulada como "Tierra de Patagones" y más abajo la caracterización de "Gigantum Regio". La imagen de los patagones parece adaptarse poco a las descripciones textuales de los primeros relatos - algo que ya ocurría con Guillaume le Testu-, ya que si no fuera por la diferencia de altura que muestran las dos figuras de la derecha con respecto a la de la izquierda no sabríamos si se

⁸⁷ Antonio Barrera-Osorio explica que la corona solía requerir pinturas de las zonas donde se quería establecer una encomienda. Antonio BARRERA-OSORIO, *Experiencing nature: the Spanish American empire and the early scientific revolution*, University of Texas Press, 2006, p. 82

⁸⁸ Daniela BLEICHMAR, *Visible empire. Botanical expeditions and Visual culture in the Hispanic Enlightenment*. University of Chicago Press. 2012.

⁸⁹ *Ibidem*. Sobre la imagen en la Historia Natural recomendamos además: Brian W. OGILVIE, *The science of describing: Natural History in Renaissance in Europe*, University of Chicago Press, 2008.

⁹⁰ Daniela BLEICHMAR, "El imperio visible: la mirada experta y la imagen en las expediciones científicas de la Ilustración", en *Cuadernos dieciochista*, n° 9, 2008, p. 34.

⁹¹ Si bien es cierto que ya habían sido mencionados textualmente con anterioridad en el mapamundi de Diego Ribeiro (1529) conservado en la Biblioteca de Weimar.

⁹² Una explicación extensa sobre los patagones en el atlas de le Testu lo encontramos en Frank LESTRINGANT, "Le Patagones de la carte (1520-1620)", en *Patagonie. Images du bout du monde*, París, Musée du quai Branly, 2012, pp. 14-27.

trata de gigantes patagónicos o de hombres salvajes. Ambos han sido dibujados con barba, una característica de la que carecían no solo los indígenas de la Patagonia sino los del todo el continente, semidesnudos -un faldón cubre sus partes pudientes, mientras que los patagones según las descripciones estaban cubiertos con pieles- y llevando arcos y flechas, lo único de la ilustración que parecía encajar con los gigantes pero también con los hombres salvajes. Ciertamente, esta representación visual viene a confirmar la convivencia de esas dos tradiciones que explicábamos en el apartado anterior.

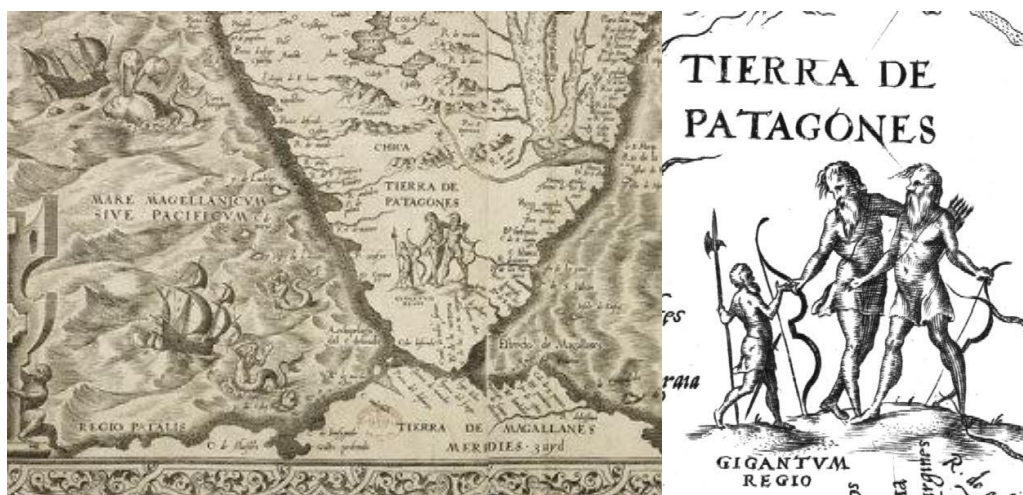


Ilustración 4- *Americae, sive quartae orbis partis, nova et exactissima* por Diego Gutiérrez, Hieronymus Cock, 1562. Biblioteca Británica (Londres). A la derecha una ampliación del detalle de los patagones.

También de finales del siglo XVI es la "Alegoría de Magallanes" de Johannes Stradanus, que vimos en apartados anteriores y que fue copiada por otro gran grabador: Theodore de Bry, en *Americae pars quarta: sive insignis et admiranda historia de reperta primum Occidentali India a Christophoro Columbo anno MCCCCXCII* - en lo que se conoce como *Grande Viajes* o *América*- (Ilustración 6).⁹³ Como podemos observar, el grabado de De Bry es una reproducción fiel del realizado por Stradanus (Ilustración 2). Este pretendió plasmar visualmente el relato de Antonio Pigafetta que conocía a través de la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Delle navigationi et viaggi* (1565). Las alusiones geográficas en el grabado son constantes, las hogueras de la izquierda significa la Tierra del Fuego, que está a la izquierda según se viene del Atlántico; el gigante de la derecha señala, por tanto, la orilla norte del Estrecho de Magallanes. Es evidente que el artista quería representar el momento decisivo del viaje de Magallanes: la aparición del Pacífico que se abría en el extremo occidental de estrecho.⁹⁴

⁹³ Edición digital en Latín y Alemán en la Biblioteca del Congreso (Washington) en: http://international.loc.gov/service/rbc/rbdk/d031/inanalytics_america.html [Consultada, 24 de abril de 2014]

⁹⁴ Rudolf WITTKOWER, *La alegoría y la migración de los símbolos*, Madrid, Siruela, 2006, pp. 140 y ss.



Ilustración 5- *Americae pars quarta: sive insignis et admiranda historia de reperta primum Occidentali India a Christophoro Columbo anno MCCCCXCII.* Grabado XV "Inventio Maris Magallanici". Theodore de Bry. 1594.

En este grabado, el patagón es representado siguiendo la línea de la anterior ilustración: semidesnudo y acompañado con el arco y la flecha. No obstante el hecho de que se le dibuje introduciéndose una flecha por la boca según recogían Pigafetta y Transilvano demuestra que, aunque no siempre fiel al texto como en la imagen previa, los artistas se apoyaban en los relatos de viajes que se imprimían en Europa. Asimismo, los grabados de Cock, Stradanus y De Bry dejan al descubierto otro detalle importante, y es que los artistas europeos del Norte fueron los primeros en ser entrenados para representar las imágenes sobre América y los que consiguieron una mayor difusión. Asimismo, De Bry, en sus *Grandes Viajes*, ilustró las aventuras de Sebald de Weert en la que además muestra el conflicto de altura de los patagones pero de manera visual. En el texto que acompaña a la imagen se dice que estos eran de diez u once pies de altura (*decem vel undecim pedum erat*), mas a la hora de verlos ilustrados nada hace pensar que fueran mucho más altos que los holandeses (Ilustración 6).



Ilustración 6- *Americae nona & postrema pars. Qva de ratione elementorum: de Novi Orbis natvra: de hvivs incolarvm syperstitiosis cultibus: déq; forma politiae ac reipubl. ipsorum ...* Grabado XII, "Hollandi in Freto Magellanico iuxta insula quandam grandes & portentosos homines inveniunt". Theodore de Bry 1602.

Una combinación de los grabados de Gutierrez/Cock y Stradanus la encontramos en mapas cartográficos posteriores, creando lo que Rebecca Brienen ha llamado "retrato etnográfico" donde se enfatizan los aspectos de una persona con el fin de caracterizar a un gran grupo étnico.⁹⁵ En el caso de los patagones, su identificación se basaba en situarlos en el cono sur del continente americano y dibujarlos con las características que hasta ahora hemos visto: semidesnudos, acompañados del arco y la flecha y representando la costumbre por la que eran conocidos. El hecho de que se insistieran en aspectos que no encajaban dentro de las descripciones de los mismos se debía, principalmente, a que estos seguían siendo considerados salvajes y como tal debían de ser representados. Un ejemplo de ello fue el mapa de Levinus Hulsius -impresor flamenco del siglo XVII-, *Nova et exacta delineatio Americae partis avstralis...* de 1602 (Ilustración 7) en la que el patagón es situado en el sur de Suramérica y acompañado por el título de "Patagonum". La diferencia de altura con respecto al segundo personaje apenas se aprecia, mas el gesto del patagón lo hace claramente inidentificable. Por si quedara alguna duda, Hulsius acompaña la imagen con un texto en el que recoge el encuentro de Magallanes con hombres de 10 pies de altura que cuando sufrían náuseas se introducían flechas por la garganta hasta el estómago: "In Chica Regione, ad littora S. Huliani, Magellano (an' 1520 quando Fretum hoc per lustravit) homines apparuere procerae magnitudines 10 pedes longi. Qui demisere, absque nausea sequi, aubitales sagittas per guttur ad stomachi usque fundum"

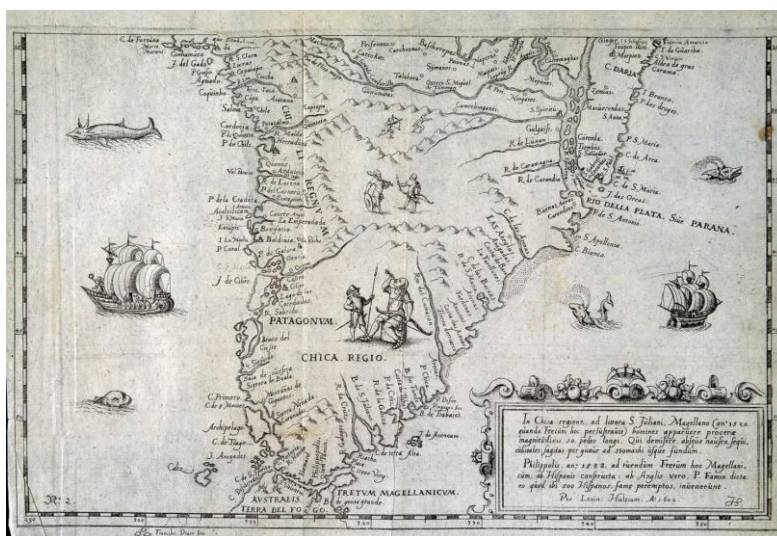


Ilustración 7- *Nova et exacta delineatio Americae partis avstralis...* Levinus Hulsius. 1602. Biblioteca del Congreso, Washington, EEUU.

Una representación similar a esta sería realizada por el propio Hulsius en 1626.⁹⁶ Ya a finales del siglo XVII nos encontramos con el mapa realizado por Joan Blaeu -cartógrafo holandés del siglo XVII-, *Nova Totius Americae sive novi orbis tabula...* (1661),⁹⁷ en la que

⁹⁵ Rebecca BRIENEN, *Visions of savage paradise* [...] *op. cit.* pp. 90-91.

⁹⁶ Una descripción sobre este otro mapa de Hulsius lo encontramos en Frank LESTRNGANT, "Les Patagons..." [...] *op. cit.* p. 26.

⁹⁷ Museo Nacional Marítimo de Greenwich (Londres)

si bien el patagón no es representado ingiriendo una flecha, sí que es dibujado con la corona emplumada que recogían testimonios como López de Gómara o Andrés de Urdaneta.

Si en los siglos XVI y XVII los patagones son representados según el "retrato etnográfico" donde la semidesnudez, el arco y la flecha e incluso las plumas parecían caracterizarlos, en el siglo XVIII se produce un cambio significativo. La imagen del gigante se dulcifica. Su estatura sigue siendo desproporcionada, pero sus rasgos son más pacíficos, no tiene ese carácter salvaje que sí tenían los grabados anteriores. Podemos decir que la ilustración que inicia este nuevo tipo pictórico es el frontispicio de la obra sobre el viaje John Byron del año 1767, que muestra a un marino inglés acercándose a una pareja patagona y a su bebé haciéndole entrega de una galleta, uno de los regalos comestibles que más apreciaban los patagones.⁹⁸ Nótese que éstos ya no son representados desnudos -si bien aparecen vestidos con pieles marcando igualmente su salvajismo-, ni armados con arcos y flechas, siendo un palo la única arma que poseen, ni tampoco aparecen en actitud salvaje. Su representación parece encajar más en las descripciones textuales que los caracterizaban como seres humanos robustos y grandes, cubiertos de pieles y con cabellos largos y negros. Esta representación, además, se convirtió en una especie de prototipo que se repite en la edición de 1785 de la misma obra. En esta imagen, a diferencia de la anterior, aparece el mismo comodoro Byron ofreciendo unas perlas a una mujer patagona y su hijo (Ilustración 8).



Ilustración 8- Izq. Frontispicio de *A Voyage Round the World, in His Majesty's Ship the Dolphin, Commanded by the Honourable Commodore Byron* edición 1767. Dcha. Frontispicio edición 1785.

⁹⁸ Este grabado de la obra de Byron en su edición de 1767 sirvió de inspiración a la Baronesa Hyde de Neuville (1779-1849) en una de sus muchas acuarelas. No obstante, se observan dos diferencias entre el grabado y la acuarela de la baronesa. La primera de ellas es que esta suprime al marino inglés que aparece en el grabado, por lo que las figuras ya no representan a gigantes; la segunda es que la ilustración en sí misma se presenta al reverso. A pesar de la clara inspiración en el grabado, se desconoce si la baronesa pretendía presentar a los gigantes de la Patagonia, o bien reproducir una imagen que le había resultado interesante. Véase: William C STURTEVANT, "Patagonian giants and Baroness Hyde de Neuville's iroquois drawings", *Ethnohistory*, 27, 4, 1980, pp. 331-348.

La misma temática del marino acercándose al patagón parece repetirse en el grabado de la obra de Dom Pernetty en su edición inglesa del año 1771 (Ilustración 9), si bien este vuelve a ser representado con ciertos elementos salvajes tales como la semidesnudez o la corona de plumas. Su actitud que parece pacífica e incluso feliz de ver al marino francés, diferenciándose de la barbarie de los primeros grabados.



Ilustración 9- *Journal historique d'un voyage fait aux îles Malouines...* Dom Pernetty. Edición Londres, 1771.

Y si bien estas imágenes fueron un cambio con respecto a los grabados anteriores, la ruptura definitiva la encontramos en los dibujos de José del Pozo.⁹⁹ Estos no solo fueron una manera distinta de ilustrar a los patagones, sino que reflejaron de manera visual las ideas que sobre el "Buen salvaje" se estaban expandiendo por Europa. Baste dos ilustraciones para defender esta idea: la primera es la que representa a la madre patagona cargando a su hijo (Ilustración 10). El amor maternal era uno de los hechos que más impresionó a Malaspina en su toma de contacto con los indígenas de la Patagonia, así como todo el amor familiar que había entre ellos donde la honestidad en sus relaciones parecía ser la virtud más destacable. Esto replanteaba toda la idea del barbarie del indígena, que mostraba que podía ser humano y familiar, una idea que ya habían recogido artistas anteriores como Dürero, cuyos grabados en los que representaba al hombre salvaje como un hombre de familia contribuyeron en gran medida a desarrollar el ideal del salvajismo noble.¹⁰⁰

⁹⁹ Sobre los artistas en la expedición de Malaspina la obra clásica es Carmen SOTOS SERRANO, *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1982.

¹⁰⁰ Sobre esta idea ver: Roger BARTRA, *El mito del salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.



Ilustración 10- India patagónica cargando a su bebé. José del Pozo. Museo Naval de Madrid.

La segunda imagen es "Encuentro amistoso con los patagones" (Ilustración 11). En ella se puede apreciar a los indígenas recibiendo a los españoles en una actitud alegre, en paz. El canon neoclásico en la representación del indígena del sur va más allá de un sentido estético, es lograr dar una explicación del porqué la presencia de hombres sosegados en tal precarias condiciones. Y la respuesta se encuentra, en parte, en la teoría del buen salvaje. Para Malaspina, y quizás para José Del Pozo, la razón de la felicidad del patagón, a pesar de estar lejos de las "pautas de civilización", se debía a que este era la encarnación de la forma primitiva del hombre civilizado, el origen incontaminado de la sociedad.¹⁰¹



Ilustración 11- Encuentro amistoso con los patagones realizado por José del Pozo. Museo Naval de Madrid.

¹⁰¹ Gabriela ÁLVAREZ, "Las conexiones entre el pensamiento de Alejandro Malaspina y la representación visual de la expedición de la Patagonia (1789-1794)" en *Magallania*, v. 38, n°1, 2010. p. 18.

5. Conclusión.

Los relatos de viaje frutos de los periplos a América dieron a conocer un continente totalmente ignoto en el Viejo Mundo, pero también ayudaron a crear la idea de una tierra maravillosa habitada por hombres diferentes en todo a los europeos, así como por naciones monstruosas que por procesos de identificación y predisposición cambiaron de lugar de Asia al Nuevo Mundo. Los gigantes patagónicos no formaron más que parte de esas naciones permaneciendo en el imaginario europeo durante tres siglos.

Es interesante cuestionarnos la subsistencia de los patagones en la imaginación de Europa. Como bien explica Roger Bartra la permanencia de los mitos se debe a que, con frecuencia, algunos aspectos de los mismos, sobre todo marginales, se adaptaban a las nuevas condiciones.¹⁰² En el caso de los gigantes de la Patagonia, como se puede observar en nuestro trabajo, es fácil apreciar cómo las descripciones y las representaciones visuales se iban adaptando al contexto en el que aparecían. Si bien en un principio nos encontramos con gigantes salvajes, nómadas, que se alimentaban de carne cruda, una imagen propia de los primeros encuentros con los indígenas americanos donde la barbarie siempre parecía ser la principal característica a resaltar, a medida que los años avanzaban y que la ideología europea cambiaba, los patagones iban cambiando. Los relatos del el siglo XVIII empezaron a contar encuentros amistosos entre marineros e indígenas de talla extraordinaria, las descripciones resaltaban los rasgos dulces y pacíficos de los gigantes y las imagenes retrataron a un patagón que se alejaba de los hombres salvajes de los primeros grabados.

Esta evolución del mito patagónico no solo fue el resultado de la propia transformación de la mentalidad europea, que en periodo de la Ilustración había hecho renacer el interés por el estudio del hombre de quien, hasta ese momento, no se conocía prácticamente nada; sino que además fue la consecuencia de las reclamaciones que, desde América, se hacían con respecto a la imagen que de esta se tenía en Europa. Unas reclamaciones hechas por los propios naturalistas americanos -criollos e indígenas- que hicieron hincapié en la necesidad de una interpretación real de la naturaleza del continente, frente a las "historias naturales" europeas que no solo la habían malinterpretado -como en el caso de las escritas por Buffon o Cornelius De Paw que hablaban de la inferioridad del hombre americano-, sino que además algunas de ellas mostraban un profundo desconocimiento hacia la misma -especialmente en lo que se refiere a la etimología indiana-, valiéndose aún, como en el caso de los patagones, de mitos y leyendas originadas tras el descubrimiento. Expedicionarios tales como Alejandro Malaspina, fueron conscientes de esa falta de rigurosidad y respondieron a esas reclamaciones, realizando las primeras descripciones etnológicas y reflexiones sobre el hombre americano, en un discurso donde mezclaba lo histórico con lo filosófico. La transformación del gigante patagónico fue, por tanto, la consecuencia de la unión del cambio ideológico europeo y de la toma de conciencia de los naturalistas criollos e indígenas ante la necesidad de ofrecer una Historia Natural de América donde primara el rigor científico, en que la antropología del ser americano dejara de realizarse bajo el halo de la fantasía.

No obstante, a pesar de la evolución dieciochesa ¿Es posible hablar del fin del mito de los patagones? Aunque es cierto que Alejandro Malaspina ofreció una descripción propiamente etnológica de los mismos, hubo que esperar al siglo XIX para encontrar las primeras observaciones antropológicas o pseudoantropológicas del ser indígena de la costa patagónica de la mano de Alcide d'Orbigny (*L'homme americain*, 1839), Federico Lacroix

¹⁰² Roger BARTRA, "El mito del salvaje" en *Ciencias*, n° 60-62, 2001, p. 90.

(*Historia de la Patagonia, Tierra del Fuego e Islas Malvinas*, 1841) o George Chaworth Musters (*At home the Patagonians*, 1871). En estas obras los indígenas de la Patagonia dejaron de ser "patagones" para ser llamados por su nombre: tehuelches.